



SANTO DOMINGO EL REAL.

El triste cuadro que ofrecen nuestros antiguos monasterios, reducidos unos á miserables escombros, amenazados otros de próxima ruina, y sumidos todos en lamentable estado, no ha podido menos de excitar el celo de varias personas amantes de las artes y fieles á las creencias de sus mayores, las cuales, por medio de la prensa y del buril, han procurado salvar algunos de aquellos venerandos edificios, ó cuando menos, transmitir á las futuras generaciones, una exacta noticia de las preciosidades que encerraban.

Por nuestra parte, lo decimos con mucha satisfacción, hemos contribuido á tan noble y santa empresa, consagrandole algunas vigili-
as en obsequio de la religión y de las artes, hijas predilectas de aquella, formadas por su influjo, y á su benéfica sombra sostenidas también y fomentadas.

Continuando la comenzada y generosa tarea, presentamos hoy á nuestros lectores la historia y descripción del insigne monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, asilo de la virtud, depósito de bellezas artísticas, sepulcro de célebres personajes y honorífico blason de la coronada villa.

La historia de este célebre monasterio se remonta á la década segunda del siglo XIII, y su fundación es la mas convincente prueba de que á la sazón tenia Madrid alguna importancia.

Era el año de 1217: resonaba en toda Europa el nombre de un español, dotado de profundo saber, de humildad aun mas profunda,

de caridad, de elocuencia, de cuantas virtudes y cualidades, en fin, pueden adornar á un hombre distinguido hasta por el lustre de su cuna. Fijada la época, y espesadas las circunstancias del sujeto, habrá conocido el lector que hablamos de Domingo de Guzman. Deseaba este varon esclarecido que se extendiese por la Península Española el instituto que habia fundado, y al efecto escogió cuatro virtuosos y sábios sacerdotes, los cuales, hallándose en Roma el Santo Patriarca, salieron del convento de San Roman de Tolosa, penetraron en España, cruzaron la Cataluña, el Aragon y la Castilla, y á escepcion de uno que se dirigió á Portugal, llegaron á Madrid en donde quedó al fin solo Fr. Pedro de Madin, natural del mismo pueblo, que habia sido canónigo de Osma.

La virtud de Fr. Pedro cautivó á sus paisanos, los cuales pusieron á su disposición una casa para que fundase en ella un convento, contribuyendo igualmente con bienes para sostenerlo. Redújola en poco tiempo á la forma que su nuevo destino exigia; y dió algunos hábitos, segun indican varios cronistas. En el siguiente año de 1218, vino á España el santo Patriarca, y habiendo fundado en Segovia el convento de Santa Cruz, llegó á Madrid por el mes de octubre.

Admirados los madrileños de su santa vida, le miraron con toda la veneración y aprecio que tan esclarecido varon merecia. Correspondió el santo á los obsequios que se le tributaban reformando las costumbres, y al ver el estado en que el naciente convento se hallaba

2 DE FEBRERO DE 1830.

determinó que se destinase para religiosas, lo que fué aprobado por el concejo y habitantes de Madrid. Dióse principio en virtud de esta medida á la construcción del monasterio trabajando entre los operarios el mismo santo.

Hizose el edificio con mucha pobreza, fuera de la puerta de Balnádú, en el mismo sitio que ocupa el que es objeto de esta memoria, y terminado que fué profesaron las primeras religiosas en manos del santo Patriarca quien las dió por regla la de san Agustín y dedicó la reducida iglesia á santo Domingo de Silos, dejando al frente de la nueva fundación á su hermano el beato Manes ó Mamerto.

Opinan Echart y el M. Serafin que este se debe considerar como el primer convento de religiosas que tuvo en Europa la orden, fundándose en que no se redujeron las monjas de Roma al convento de san Sixto hasta que santo Domingo volvió á la capital del cristianismo despues de haber estado en España, é igualmente en que el convento del Prulliano siguió con la regla del Cister hasta el año de 1220. No es la más recibida esta opinion por lo cual nos limitamos á consignarla.

Hizo santo Domingo tanta estima de los vecinos de Madrid que por sus informes el pontífice Honorio III escribió una carta muy honorífica para aquellos. Muchas señoras principales se acogieron al nuevo instituto citándose entre otras Doña Flor, que trajo en dote á este convento el señorío del lugar de Rejas. Poco tiempo duró el pobre edificio que santo Domingo labró, pues hallándose Fr. Domingo Muñoz al frente del monasterio, á mediados del mismo siglo en que se fundó, con las limosnas de los habitantes de Madrid y el producto de una indulgencia que al efecto concedió Alejandro IV se reedificó solidamente y por completo, quedando desde entonces confundidas como dice Castillo, las memorias de este santo varon con las del inclito patriarca.

Recios combates sufrió desde su fundacion el insigne monasterio, aprovechando sus enemigos cuantas ocasiones se les ofrecian para hacerle toda clase de perjuicios, ya privando á las religiosas de sus directores, ya poniendo limites á las donaciones de los fieles, ya por último queriéndole despojar de sus bienes injusta y descaradamente.

Menester fué que el Sumo Pontífice Gregorio IX y el rey de Castilla Fernando III tomasen bajo su especial proteccion esta santa casa pues aparentando unos que era dañosa al estado su prosperidad, y queriendo otros, como el infante D. Fadrique, usurpar la corta hacienda que un sujeto piadoso habia legado en su favor, hubiera dejado de existir sin el auxilio del jefe de la iglesia y el del estado. Llegó sin embargo ocasion en que las religiosas tuvieron que retirarse á las casas de sus padres y deudos, sucesos que indican las historias de la orden aunque sin fijar la causa que le motivó ni el año en que tuvo lugar.

En medio de tantas y tan continuas persecuciones la fama de este ilustre monasterio se aumentaba, llegando á ser citada como ejemplo la virtud de sus moradoras.

Admirábala muy particularmente la infanta Doña Berenguela hija de Alfonso X y de la reina Doña Violante; y deseosa de llegar á tan alto grado de perfeccion, determinó tomar el hábito en esta venerable casa, escribiendo al efecto á la superiora repetidas cartas. Llegaron á noticia del rey los proyectos de la jóven princesa, y sospechando que las monjas tratarian de seducirla, fué al monasterio, y con palabras que mostraban su indignacion, afé y reprendió á la priora la supuesta falta. Oyó con serenidad la inocente señora tan injusto y duro trato, y no pudiéndose levantar del lecho por el peso de los años, le dijo al monarca: «hijo caro, alcánzame aquel cofrecillo.» Hizolo así el rey, quedando confundido, cuando la priora, mostrándole las cartas de su hija, le dió pruebas de la ninguna parte que tenia la comunidad en el asunto.

Quedó satisfecho el rey, conservando toda su vida á este convento particular afecto.

Desagrado á la infanta el proceder de la priora en tanto grado, que hallándose en Guadalajara determinó venir á Madrid y pegar fuego al monasterio. No llegó á realizarlo; antes bien le miró de nuevo con aprecio, y cuando ocurrió su temprana muerte le dejó entre otros legados, el Señorío de la ciudad de Guadalajara. Volveremos á ocuparnos de esta señora al describir el coro, donde está sepultada.

Reparaban los reyes con piadoso esmero los deterioros que las guerras y el transcurso de los tiempos hacian continuamente en los bienes del monasterio, que pareciendo rico en unas ocasiones, llegaba en otras á ser en realidad pobre. Sancho IV, Enrique II y otros monarcas se distinguieron por su laudable celo en sostener el espejo de la virtud, título que dá Medrano á esta ilustre casa.

Doña Constanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, desempeñó el cargo de priora en el siglo XV por espacio de 30 años, periodo el más brillante de la historia de esta casa, que debió al celo de aquella señora un aumento considerable en rentas, en ornato y en celebridad. El cariño que la profesó doña Catalina, esposa de Enri-

que III, redundó en beneficio del monasterio que fué protegido por dicha reina y agraciado por su hijo don Juan II con 40,000 ms. anuales, á los que en 1463 la reina doña Juana esposa de Enrique IV agregó 10,000 «en alguna enmienda é remuneracion de los continuos servicios que mi parienta la priora doña Constanza ha fecho é face al rei mi señor», espresa el privilegio.

Todos estos beneficios y otros muchos que prelados grandes y varias personas hicieron, los recibió el convento por el influjo y buen nombre de la digna priora cuya vida ejemplar era admirada y alabada por todos.

Despues de haber trasladado á la iglesia de este real monasterio y colocado en sepuleros suntuosos los restos de su padre el titulado infante D. Juan y de su abuelo el rey D. Pedro, despues de haber dado tantos y tan buenos ejemplos, renunció el cargo de priora y en 1478 fué á recibir en la otra vida el premio que merecian sus virtudes.

La falta de la esclarecida prelada se hizo sentir bien pronto. Empezó á relajarse la observancia conservada únicamente por ejemplo y autoridad de aquella señora, y las religiosas, faltando el voto de pobreza, y viviendo aisladas é independientes, usaban mesa y traje particular, segun los posibles de cada una. Causaba este desórden muchos males al monasterio, y profundo sentimiento á las personas doctas, y á cuantos conocian la historia y circunstancias de esta venerable casa. El mal, sin embargo, habia echado raices tan profundas, que no bastaban á remediarlo el laudable celo de varones sábios, el prestigio de algunos prelados, y los mandatos del general de la orden. Hablar entonces á las religiosas de observancia, era, dice el obispo de Monopoli D. Juan Lopez, quererlas hacer entender que habian de batirse con leones. Y sin duda hubiera perecido el monumento que Santo Domingo de Guzman y los siempre honrados moradores de Madrid erijieron á la virtud, si la providencia no hubiese colocado en el trono de Castilla, una señora dotada por todos conceptos de las más relevantes cualidades. Tomó parte en el lamentable asunto la inclita reina Doña Isabel la Católica, y escribió á las religiosas, recordándolas sus deberes con franqueza y dignidad, y espresando «quisiera ir á decirlo esto, y porque no tengo agora disposicion y espacio quisé escribiros.»

Para evitar que la pobreza de la casa pudiese presentarse como pretexto, espidió en union con su esposo un privilegio; fechado en Alcalá de Henares á 20 de diciembre de 1497, concediendo á este monasterio doscientos carneros al año, con la espresa condicion de que las monjas volviesen al cumplimiento de sus obligaciones, pues de lo contrario daba por nula y de ningun valor aquella gracia. Animáronse con el proceder de la reina las buenas religiosas que depolaraban el estado á que las cosas habian llegado, y consiguieron atraer á las discolas que tanto mal hacian.

Debióse el restablecimiento de la observancia á la prudencia y autoridad de Isabel la Católica, y un suceso que ocurrió despues de la muerte de aquella Señora, influyó mucho en que sus acertadas reformas se consolidasen, haciendo que la vida comun fuese mirada con aprecio por las mismas religiosas, que tanto se habian opuesto á ella. En el silencio de la noche, y al mismo tiempo que la comunidad estaba en el coro rezando los Maitines, se oyeron de improviso, bajo las bóvedas del solitario templo, unos golpes acompañados de voces lastimeras: pero tan confusas, y hasta cierto punto apagadas, que no era posible comprenderlas. Suspendiéronse los sagrados cánticos, la consternacion sucedió al fervor, y el coro quedó al instante desierto, continuando sin intermision los angustiosos quejidos. Sobrecogidas de terror las religiosas, pasaron toda la noche en vela, y al siguiente dia se dispuso que la comunidad tuviese un solo dormitorio. La causa del raro suceso fué un lamentable descuido. Poseian los descendientes de D. Juan de Castilla, hijo del rey D. Pedro, una de las capillas de la iglesia, sirviéndoles de panteon la correspondiente bóveda. Colocaron en ella el cuerpo de una señora llamada Doña María de Cárdenas, muger de un caballero viznieto del D. Juan, y habiendo vuelto en sí á las pocas horas, conoció su terrible situacion, rompió las ligaduras de la mortaja, salió del ataúd, y subió la escalera del panteon, mas en valde, porque habia sido cerrado cuando terminó el entierro. Tres meses despues abrieron la funesta puerta para bajar otro cadáver, y quedaron sorprendidos y horrorizados al ver el cuerpo de la infeliz doña María, cuya espantosa muerte llenó de amargura á su esposo, que la idolatraba, y á la comunidad, que comprendió la verdadera causa de los tristes ayes que en el silencioso templo resonaron.

Hemos hecho mencion de este suceso que refiere Gonzalo Fernandez de Oviedo y reproduce Quintana, por la circunstancia de que sin duda contribuyó á estender y arraigar entre estas religiosas la vida comun.

No bien se habian remediado los males que el olvido de la observancia acarreó al monasterio, cuando estuvo á punto de perecer. Encendida la guerra civil de las Comunidades, y levantado á favor

de estas el pueblo de Madrid, retiráronse al fortificado alcazar los partidarios y soldados del emperador, que fueron vencidos por los madrileños á pesar de la valerosa resistencia que opusieron. Mientras duró la reñida y sangrienta pelea, recojieron y ampararon las religiosas de esta santa casa todas las jóvenes que por los compromisos de sus padres ó deudos se veían amenazadas de algun peligro: hallando estas afligidas señoras á la sombra del convento la seguridad que no podían prestarlas fuera de allí la inocencia y el sexo. Interpretaron mal tan generoso comportamiento algunos de esos hombres que solamente sirven para deshonrar las causas que abrazan, y en un momento de furor diabólico pegaron fuego al monasterio. Rodeábanle por todas partes las llamas, y en poco tiempo le hubieran reducido á cenizas, si los mismos vecinos que tuvieron suficiente brío para conquistar el alcazar, no hubiesen corrido á perseguir á los criminales, á cortar el incendio y á impedir que tamaña catástrofe cubriese á Madrid de luto.

Dignos son de particular mencion los funerales celebrados por el eterno descanso del príncipe D. Carlos en la iglesia de este monasterio á la que trasladaron su cadáver con extraordinaria pompa desde el régio alcazar el mismo día en que falleció. El ataud guarnecido de terciopelo negro puesto en unas andas y cubierto de un rico paño fué conducido alternativamente por varios grandes de España, quienes le colocaron en un cadalso que se levantó en el centro de la indicada iglesia.

Después de cantar un nocturno la Capilla Real y otro la comunidad los mismos grandes que trajeron el cuerpo de S. A. le introdujeron en el coro para lo cual había sido rota la pared. Hizo la entrega el príncipe de Eboli descubriendo el cadáver, que fué reconocido por la priora, por los hijos del emperador de Alemania Maximiliano II y por otras personas. Terminada la ceremonia dos monjes de Espinosa metieron el féretro en el sepulcro «el cual dice Lopez de Hoyos se había hecho artificiosamente á manera de bóveda» entre dos rejas iguales á las que existen á los lados del conculgatorio.

El día 24 de Julio de 1568 á las 18 horas de haber muerto el joven príncipe siendo ya de noche, y de la manera que hemos referido se depositaron sus restos bajo la custodia de las virgenes consagradas al Señor. Además del novenario solemne que siguió al entierro, celebráronse en esta santa casa el 10 de Agosto exequias magníficas, desplegando en ellas Felipe II toda la pompa que en ciertas ocasiones sabía ostentar. Cubrían los muros del templo colgaduras de terciopelo adornadas de escudos de armas con lambeles atravesados como de primojénito que no llegó á heredar: en el medio de la iglesia campeaba un soberbio túmulo al que servía de bóveda el cielo por haber sido abierta la del templo, y delante del mausoleo de D. Pedro el cruel aparecía el altar con una cruz de oro, seis preciosos candeleros y todo el servicio de infinito valor. Completaban el sorprendente conjunto muchos y bien ideados geroglíficos é inscripciones compuestas en griego, latín y castellano por el M. Lopez de Hoyos, cuyo estudio, que era el de la villa, simbolizaba una matrona acompañada de esta inscripción:

SOLA MANET VIRTUS LONGVM VICTURA PER EVVM
SOLAQUE POST CINERES VIVERE IN ORBE FACIT.
HÆC TE POST MORTEM UT VIVAS CLARISSIMA PRINCEPS
EFFICIT, ET VIDEAS SIDERA CLARA POLI.

Dice el mencionado Lopez, como testigo ocular, en su minuciosa relacion de estos funerales pág. 38 que predicó doctamente el prior de Atocha Fr. Juan de Tovar y puso por tema «Sic et rex, hodie rex, et cras morietur» Véase cuán sin razon espresa Dávila y copia Quintana que en estas honras no hubo sermón.

Por no faltar á nuestro objeto y plan omitimos varias y muy notables circunstancias limitándonos á decir que así á las vísperas el día 10, como á la misa y oracion fúnebre el siguiente asistió la reina doña Isabel de Valois, acompañada de la princesa viuda de Portugal doña Juana, y de las principales señoras de la corte. Ultimamente, el ayuntamiento hizo las honras el 13 y 14 del espresado mes, sirviéndose del mismo aparato.

Hemos tomado estas noticias, que suponemos agradarán al lector, de la curiosa «Relacion de la muerte y honras fúnebres del S. S., príncipe don Carlos, compuesta y ordenada por el M. Juan Lopez, cate-drático en el estudio de esta villa de Madrid: obra sumamente rara en la actualidad.

Custodiaron las religiosas el cadáver del príncipe hasta el día 7 de Julio de 1575, que fué conducido al monasterio del Escorial en union con el de la reina doña Isabel de Valois, que estaba en las Descalzas, por los obispos de Salamanca y Zamora y los duques de Arcos y Escalona. Indemnizó Felipe II á este monasterio los desperfectos que padeció su fábrica por el depósito y honras del príncipe, costeando el suntuoso coro que en la actualidad subsiste, aunque alterado en su decoracion como diremos al describirle.

Continuaron dispensando especial proteccion á este alcazar de la virtud los demas reyes, mereciendo ser citado en particular Felipe III, que hizo un donativo de 50000 ducados con los que se costeó el bello retablo mayor, la sillería del coro y la bonita coleccion de pinturas de los altares, objetos preciosos que se conservan en muy buen estado. Felipe V y Carlos III repararon y reedificaron parte del templo y ampararon el monasterio.

Padeció este mucho detrimento y ruina durante la guerra de la Independencia, pues además de haber sido espulsadas las religiosas de su antigua y venerable morada, fué convertida en cuartel de zapadores del ejército invasor, cuerpo que en su mayor parte se componía de jurados. Restablecido el legítimo gobierno volvieron á ocupar esta santa casa sus virtuosas habitadoras, á las que visitó Fernando VII el día 4 de Agosto de 1814. No fué esta la única prueba de consideracion y afecto que debieron al augusto padre de la actual reina, pues en época posterior las concedió subsidios cuantiosos para la reparacion de la fábrica.

Corrió este ilustre monasterio despues de la muerte del rey, la misma suerte que los demas de la peninsula, quedando sumido en la mayor miseria; y se hubiera completado su destruccion, si el Reyente del Reino, el ilustre duque de la Victoria D. Baldomero Espartero, considerando el asunto con el aplomo y rectitud que correspondian al que desempeñaba tan elevado cargo, no se hubiese opuesto á ello. Acto por cierto de verdadera ilustracion, que honra y honrará eternamente á este célebre personaje.

Dada una exacta, aunque sucinta noticia de la historia del célebre monasterio de Santo Domingo, pasamos á describirle, persuadidos de que la segunda parte de esta memoria ofrece á la curiosidad del lector mas interés que la primera.

(Continuará.)

JOSE MARIA DE EGUREN.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

PRÓLOGO, INTRODUCCION, Ó LO QUE SE QUIERA.

Era una de las mas frías noches del mes de Diciembre último: mientras la escarcha tendía su cristalino manto sobre los tejados de la coronada villa y corte de Madrid, gozaba yo de un bienestar infinito hallandome en un elegante gabinete, recostado en una cómoda butaca, junto á un magnifico fuego, y al lado de una señora no menos notable que por su peregrina hermosura, por su singular talento. — Seguramente ni los bienaventurados podrían apetecer nada mejor!

Como es natural, y como sucede siempre, lo mismo entre gentes que se tratan de ceremonia, que entre personas que se tratan familiarmente, la conversacion despues de haber girado sobre cien objetos distintos, fué á parar á ese asunto tan socorrido del tiempo.

— ¡Que invierno tan horrible se prepara! dijo mi interlocutora.

— En cuanto á mí—repuse yo,—no me importa mucho; porque solo estoy en mi centro en los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero.

— Si tuviese V. que viajar, á fé que no diría lo mismo.

— Por eso viajo unicamente en verano.

— Y á propósito de viajes ¿por qué no ha escrito V. los suyos, segun hace todo el mundo?

— V. acaba de espresar la causa: porque lo hace todo el mundo.

— Sin embargo, debe ser una cosa muy agradable hablar al público de sí propio.

— Y ¿qué le interesa al público saber lo que yo hice tal dia de tal año, y en tal parte?

— Nada verdaderamente; mas si le interesa la série de descripciones de costumbres, de usos, de trages, de monumentos, de los diversos paises que el viagero recorre.

— Y ¿créa V., amiga mía, que no hay mucha exageracion, mucha poesia, y llamandolo por su legítimo nombre, mucha mentira, en todas las narraciones de los viageros?—Nosotros podemos juzgar por lo que se escribe de España, y eso basta; pero no son los franceses los únicos que adolecen de igual vicio.

— En tesis general, es cierto cuanto V. dice; aunque...

— ¡Mil gracias; ¿créa V. que yo seré mas verídico que los otros?

— Sin duda; porque si escribe algo será escitado por mí. Vamos, publique V. en el SEMANARIO, ó en LA ILUSTRACION sus *Impresiones de viaje* al Rhin.

— Dios me libre! Desde que Alejandro Dumas publicó doce años há las suyas, no hay hombre que haga un viaje á Chamberí ó á Pozuelo, á quien no le ocurra imitar al célebre novelista francés.

— Pues no las titule V. así; pero escribálas. Hablenos V. de Colonia, de Bonn, de Maguncia, de Wiésbaden, de Francfort, de todas esas pintorescas ciudades, llenas de grandes recuerdos y de monumentos grandes.

— Señora, cuando nada menos que un Victor Hugo ha tocado con hábil mano semejante asunto, ningún otro debe atreverse ya á profanarlo.

— Entonces, límitese V. á Holanda, á Inglaterra, á Bélgica, á Francia....

— Y ¿qué haría? ¿Una centésima edición de lo que otros han dicho antes, y sin duda mucho mejor?

— ¡Ah! ¡me ocurre una idea!—Le he oído hablar á V. con entusiasmo de su estancia el verano último en los Pirineos, en el pueblecito de Aguas buenas, y me parece que de ese país no se ha escrito nada en castellano....

— Ciertamente que aquella corta escursión me dejó memoria dulcísima; y si V. lo desea....

— Si señor; lo deseo.

— Entonces nada opongo.

— Además, hará V. un verdadero servicio á la humanidad, publicando las virtudes y eficacia de unas aguas poco conocidas, y de efectos tan prodigiosos.

— Eso acaba de decidirme. Ahora dígame V., puesto que solo trato de complacerla, ¿dónde daré á luz mis artículos?

— EL SEMANARIO PINTORESCO.

— Y ¿cuántos quiere V. que escriba?

— Singular humildad la de V. ! En gracia de ella, me contento con dos.—En el uno describa, pinte V. el país; en otro háblenos del género de vida que se hace; de los goces, de los placeres, de las diversiones que se ofrecen á los extranjeros; en fin, dé V. aquellas noticias que puedan ser útiles á los enfermos, para que su permanencia allí sea mas agradable.

— Será V. obedecida, señora: si Alejandro Dumas no hubiese puesto en ridiculo las cartas con las suyas celebrísimas sobre la España, yo adoptaría la forma epistolar, que mucho me gusta para este género de escritos, y que me procuraría el placer de dirigir á V. mis observaciones y mis pensamientos.

— Hágalos V. así, si quiere; pero que el público no lo sospeche al menos.

— Pierda V. cuidado.

— Y ¿cuándo empezará V.?

— Mañana mismo.

— Le cojo á V. la palabra.

Y he aquí, lectores míos, como yo, el hombre mas aficionado de la tierra á viajar, y el menos amigo de hablar de mis viajes, me veo en la precisión de quebrantar un propósito que há largo tiempo tenia formado, é incurro en la debilidad de narrar, segun dicen todos los viajeros,—lo que he visto, lo que he gozado, lo que he sentido

ARTICULO 1.º

De Bayona á Pau. — De Pau á Aguas buenas. — De Bayona al mismo punto por Oloron. — Perspectiva general del país — Establecimiento termal. — Mr. Darralde. — El viaje á Aas. — Casas de hospedage y hoteles. — Mr. Taverne mayor.

Dos medios de verificar la expedición á Aguas buenas se le ofrecen al viajero que se encuentre accidental ó deliberadamente en Bayona, esa ciudad medio española, medio francesa, que figura en el mapa de la vecina república, pero que vive y prospera con recursos puramente españoles.—¿Quién no ha visto Bayona? ¿Quién no ha asomado allí siquiera las narices, para decir luego que ha estado en Francia, y para ostentar un frac de Goll y Goersmann, un par de botas de Báron, ó un alfiler comprado en el precio fijo?—Así, no direñada de su linda campiña, de los baños de mar de Biarrits, de las tiendas de la calle Pontmajour, de la sinagoga, del Hotel du Commerce, ni de otra porción de cosas que el madrileño conoce mucho mejor que las de su residencia ordinaria.

Dos medios—decía antes de esta digresión—hay de trasladarse desde Bayona á Aguas buenas; el uno un poco menos rápido, pero infinitamente mas cómodo, que consiste en ir primero á Pau, la bella, la pintoresca ciudad de Enrique IV; y despues, al dia siguiente, dirigirse en una diligencia distinta, que tarda sobre seis horas, al pequeño pueblo donde muchos recobran la salud, y no pocos encuentran la muerte.—El otro ofrece la ventaja de hacer el viaje de un tiron, y las desventajas de ir en pésimos carruages, que se cambian cuatro ó cinco veces en el camino; de visitar la ciudad de Oloron, tan triste como fea; de almorzar en el hotel de

Mr. Condese, tan sucio por lo menos como caro; y en fin de comer,—esto es, de no comer—en una miserable aldehuella llamada Bidache, y en un meson digno de figurar al lado de los peores de España.—En Pau por el contrario halla el viajero uno de los albergues mas cómodos, mas limpios, y mas elegantes que pueden encontrarse, aun entre los de Suiza, Alemania, é Inglaterra, los cuales tienen la reputación de ser los mejores de la Europa civilizada.—Nada se echa de menos en el hotel de France, situado en la magnífica Plaza Real, ó de la República, como se llama oficialmente ahora. Escelentes cuartos, excelente comida, y excelentes camas, he ahí lo que constituye la excelencia general de aquel establecimiento, y á lo que debe su justa y grande fama.

Si el espacio, si los límites en que he de encerrar mis observaciones me lo permitieran, ¡con que gusto haría aquí una ligera descripción de la preciosa capital del Bearn! Con que placer llevaría á mis lectores al magnífico castillo del príncipe inmortal, cuya memoria aman y bendicen los bearneses tanto como sus ascendientes le bendecían y amaban!—Ese cariño, ese culto, esa admiración se los transmiten unas á otras las generaciones; en las largas veladas del invierno, en los lluviosos domingos del otoño, los ancianos congregan á sus nietos para referir y ensalzar las virtudes y las proezas de la ilustre victima de Ravallac. ¡Cuántas tradiciones, cuantas historias se repiten, se varían, y se comentan! ¡Cuántos rasgos de valor, de clemencia, de generosidad se consignan y relatan en groseras pero elocuentes frases!—Inútil es decir si un pueblo que conserva tan vivo el sentimiento monárquico, que casi santifica á aquel rey, que despues de Dios es lo primero que admira y reverencia, podía acoger con grande entusiasmo la república. Así, á despecho de ella, continúa siendo el Bearn el país mas realista de la Francia, y acaso, acaso, del universo.

No salgamos de Pau sin dirigir siquiera una mirada al grandioso, al mágico é inmenso panorama que se divisa desde la bella Plaza Real. Seguramente que ni en Italia ni en las orillas del Rbin existe paisaje mas brillante ni mas ameno; nada falta en él, ni mansos arroyos ni caudalosos rios; ni elevadas montañas, ni espesos bosques; ni perfumadas flores, ni risueños valles; ni verdes cañadas, ni rocas gigantescas.... Aquel cuadro esplendente, dorado por el sol, ó argentado por la luna, es mucho mas de lo que la imaginación alcanza á concebir, de lo que la fantasia mas poética finge y sueña en sus ilusiones y en sus quimeras.

Era el 11 de agosto de 1849 cuando mi buen amigo J... y yo, encaramados en la banqueta de la diligencia para ver mejor el país, salíamos de Pau á las 8 de la mañana, despues de haber tendido una postrera ojeada á las maravillas de que he hablado arriba.—Nadie hubiese creído que aquel día nos halláramos en los Pirineos, al experimentar un calor de 50 grados, y al sentir sobre nuestras cabezas los rayos verdaderamente insoportables del sol. Nuestro conductor compadecido al fin de vernos sofocados, cual si nos hallásemos en los desiertos del Africa, nos formó una dosel de verde follage, gracias al cual pudimos consagrarnos á admirar aquellas deliciosas comarcas, que no seré yo tan osado que intente describir. Seria necesario el pincel de Villaamil ó de Ingres para copiar la serie infinita de alegres paisajes, que se despliegan á cada paso ante los ojos del viajero.—Aquí es un repecho suave de blancas y azules campanillas vestido; allá una montaña altísima, que parece completamente inaccesible al hombre, y en cuya cumbre se vé una granja, una quesera, ó un kiosko; á nuestros pies miramos un lindo lugarcillo, con sus oscuros tejados de pizarra; y sobre nuestras cabezas se estiende gigantesco y terrible el Pico del mediodia, que semejante á una sombra, se aleja mas cuanto mas nos aproximamos.

Para ir desde Pau á Aguas buenas es menester subir continuamente por un camino que no dudamos llamar de caracol; tantas y tan rápidas son sus vueltas! A la derecha se encuentra la aldea de Laruns, de la que la hablaré algo detenidamente luego, y á la izquierda la de Aas, la cual tambien merece singular mención por otra circunstancia que explicaré mas tarde.

El pueblecito que lleva enfáticamente el nombre de su benéfico manantial, ofrece un aspecto tan extraño como nuevo; compónese solo de una larguísima y empinada calle, que conduce directamente al establecimiento termal, ó mejor dicho, á la Capilla situada en último término.—Esa calle en su mayor parte no tiene casas sino en el lado izquierdo; en el opuesto hay un sombrío y verde bosque, condecorado con el título de jardín inglés, y adornado de cenadores, grutas, y bancos de tosca madera, para la comodidad y esparcimiento de los enfermos que habitan los edificios de enfrente, y para que descansen cuando van á beber ó á la iglesia. Porque Aguas buenas es un pueblo únicamente de hoteles; tengan ó no tengan muestra, en todas partes reciben huéspedes.—El primero que se halla subiéndose es el de la Posta, propiedad de Mr. Taverne jóven, á quien califican de tal, aunque pasa de los cincuenta, para distinguirlo de su hermano mayor, dueño del

de Francia.—Sigue luego el de Madama Cázeres, el mejor montado y dirigido; el de Casterán, administrador del correo, mas grande y espacioso que limpio y elegante; el de los *Estrangeros*, célebre por su cocinero y propietario Mirand; el de Francia, donde está el gran salon de baile; y por último, los de la Europa, de la Union, y de la Paz, llamados los hospitales, porque contruidos en la parte mas alta del pueblo, y en la cercanía de la fuente, allí paran los infelices que buscan un remedio tardío á su desesperada situacion, y que frecuentemente solo encuentran la muerte.—De ellos dicen las gentes del país al verlos llegar pálidos, estenuados, cadavericos:

—Ese pronto hará el viaje á Aas.

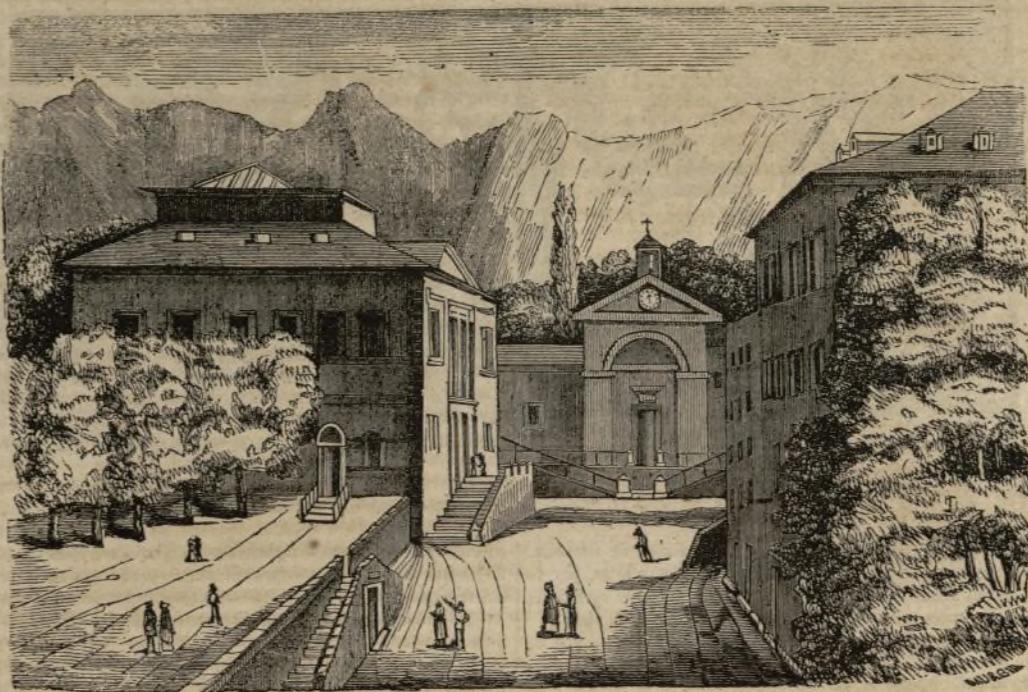
Aas, cabeza del distrito, es la aldehuela de que hablé arriba, y donde está el campo santo de la comarca.

El establecimiento termal es un edificio pequeño, pero de forma elegante y sencilla; construido casi enteramente de mármoles, su pórtico sirve de abrigo y de paseo en los dias frios ó nebulosos; en el fondo está la *bucette*, segun llaman á la fuente mineral, que administran y dirigen dos jóvenes Ganimedes. A un lado y otro hay bancos, para que los valetudinarios reposen; á un lado y otro se ven en tablas un número fabuloso de botellas de jarabe de goma, con el que se mezcla el agua siempre. Unos pretenden que esta precaucion es indispensable para evitar funestos resultados de su grande eficacia, otros aseguran que es una industria del arrendador Cazaux, quien es al mismo tiempo boticario. Sea lo que fuere, lo cierto y positivo es

que ninguno de los *bebedores* se atreve á desobedecer el precepto ó la costumbre, y que desde el primer dia remite su frasco de sirop, del que cuelga una tarjeta ó un papelito con el nombre de su respectivo dueño.

A la derecha del pórtico están los baños, cómodos y anchurosos, pero que son un verdadero lujo allí, pues generalmente no se hace uso de ellos, limitándose los enfermos á beber el agua dos veces al dia, por las mañanas de siete á nueve, y por las tardes de una á tres. No se inflera ni presuma que dicha agua sea suave ni que se tome en grandes cantidades: al contrario, se administra con muchas precauciones y en pequeñas dosis, refiriéndose infinitos ejemplos de personas que han sucumbido por haberla bebido sin régimen alguno, con notable exceso, ó sin consultar antes al sábio director monsieur Darralde, médico de reputacion europea, y sin duda digno de ella.

Mr. Darralde es un verdadero rey en Aguas buenas, siendo en ocasiones mas difícil hablarle, que conseguir ser recibido por el autócrata de todas las Rusias. A las once de la mañana se abre su gabinete de consultas, aunque estas no empiecen hasta la una ó las dos; y antes de aquella hora acuden á cojer sitio una multitud de personas, quienes suelen volverse á marchar dejando en una silla como señal un libro, un periódico, ó un cestillo de labor. Con frecuencia es preciso repetir la operacion dos ó tres dias, por concluirse la audiencia antes de que llegue su turno á muchos individuos. Semejante ceremonial previene, forzoso es confesarlo, en contra del ilustre profesor. Mas todo



Aguas buenas y Aguas calientes.

se olvida en cuanto se le vé, en cuanto se le oye, en cuanto se admira la atencion profunda y especial con que se dedica á conocer la dolencia de cada uno, antes de decidir si le será ó no conveniente el uso de las aguas.—La ciencia de Mr. Darralde y su larga práctica le han hecho adquirir una perspicacia admirable; rarísima vez se equivoca, y sus pronósticos, favorables ó adversos, se cumplen con una exactitud verdaderamente sorprendente. La probidad y el desinterés de Mr. Darralde son tan grandes por lo menos como su talento: no hay ejemplo de que haya aconsejado, por criminal codicia, la permanencia en Aguas buenas á ninguno á quien le fuese dañosa ó inútil; y muy á menudo, en lugar de exigir cantidad alguna á los pobres ó á los necesitados, les obliga á aceptar un socorro en dinero, para que puedan volver á su país, á su casa.

Por la inmensidad de sus ocupaciones, y por sus estudios, que nunca abandona, Mr. Darralde va muy rara vez á visitar en los *hoteles*; pero cuando lo verifica, su llegada es un verdadero acontecimiento. En las escaleras, en los pasillos, en la puerta de cada cuarto se le espia y se le acecha: los unos se lo arrancan de los brazos de los otros; todos se lo disputan y se lo llevan; y al cabo de tres ó cuatro horas, el pobre doctor tiene que escaparse como puede, por

una escalerilla oculta, ó por una salida secreta. Entonces son las quejas, las imprecaciones de los descontentos, que forman coro con los gritos de júbilo y de satisfaccion de los favorecidos.

Mr. Darralde, que reside habitualmente en Pau, á donde le piden consultas por escrito de los puntos mas lejanos de Europa, habla ya de abandonar su destino, y aun su profesion, aunque se halla todavía en muy buena edad. El asegura que está cansado, y es muy creíble: sus enemigos pretenden, que dueño ya de una renta anual de 80,000 francos, quiere consagrarse al reposo y al goce tranquilo de sus riquezas.—Feliz el hombre á quien los envidiosos no pueden acusarle sino de una cosa tan natural.—Sin embargo, la retirada de Mr. Darralde será una pérdida grande para la ciencia, y una desgracia para los seis ú ocho mil enfermos que acuden todos los años, por término medio, á Aguas buenas.—La época de mayor concurrencia es desde el 15 de junio hasta el 15 de agosto: durante ella, los que no toman la precaucion de escribir con ocho ó diez dias de anticipacion pidiendo-alojamiento, tienen que refugiarse en inmundos chirivittiles, en estrechos é insalubres cuartos, donde apenas se puede respirar, y que se pagan no obstante á precios fabulosos. Años ha habido en que familias enteras, ó han tenido que marcharse á los pueblos in-

mediatos de Aguas calientes y Laruns, ó resignarse á pasar las noches albergadas en sus propios carruages.

¡Qué animación, qué movimiento, qué ruido hay en el pequeño pueblo hasta que pasa la primera mitad de agosto! En cualquier hotel se oye resonar el piano desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, sin mas interrupcion que las del almuerzo y la comida; á todas horas se encuentran alegres y numerosas cabalgatas de gentes que van ó vuelven de visitar los puntos mas célebres y pintorescos de los alrededores; á cada momento se ven llegar coches de posta ó diligencias cargadas de nuevos huéspedes, elegantes y jóvenes los mas, porque las enfermedades que se curan ó alivian en Aguas buenas proceden con frecuencia del género de vida que se hace en el gran mundo.—¿Y quién ha de presumir que son tísicos la mayor parte de aquellos seres que por el dia montan á caballo, y sufren el calor, el sol, ó la lluvia, y que por la noche polkan, walsan y juegan con extraordinario entusiasmo, con ardor infatigable?

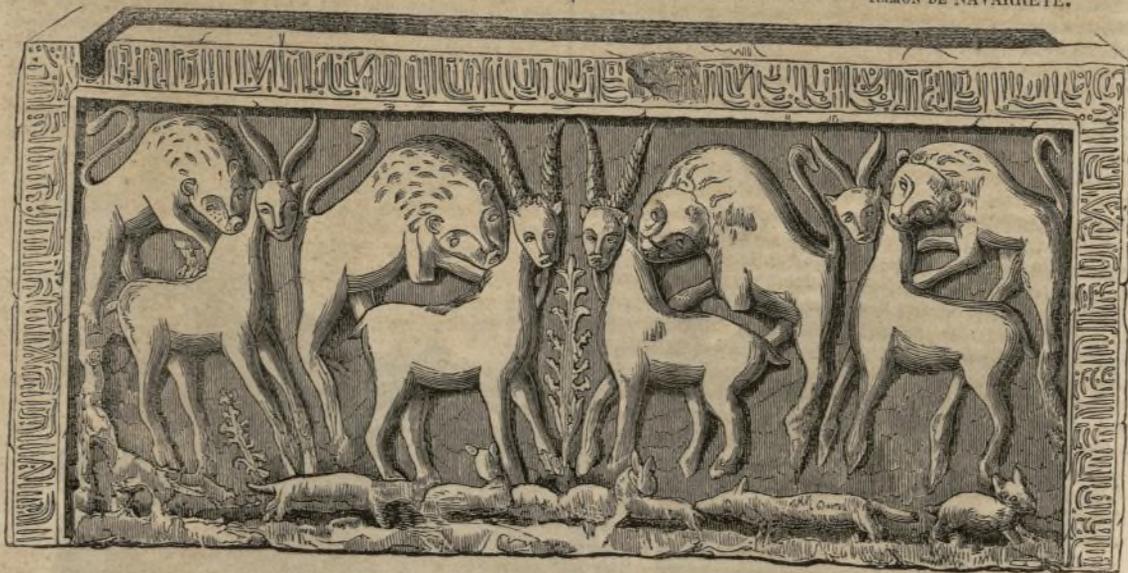
El hotel de Francia, de Mr. Taverne mayor, es el mas favorecido de la alta sociedad, y al que van á apearse los parisienses y los extranjeros de distincion. Entre otras ventajas posee la de tener un magnífico salon, donde se verifican brillantes saraos, y donde todas las noches se reunen y bailan los huéspedes del establecimiento.

No poco trabajo nos costó hallar dos pequenísimos cuartos en casa del buen Mr. Taverne, despues de haber recorrido en vano los otros principales hoteles. Madama Cazerres nos ofreció una guardilla; Mr. Taverne el joven nos enseñó un palomar, y Mr. Mirand trató de convencernos de que estaríamos muy bien para dormir en un pasillo que solo conducía á la sala, á la cocina, y al comedor. Por fin, Mr. Taverne mayor despues de consolarnos con la promesa de una habitacion decente para el 16— y estábamos á 11 — nos instaló en dos jaulas, que si eran estrechas y miserables, en cambio ofrecian la ventaja de ser dos verdaderos hornos, merced al sol que las calentaba desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Cierto es que cuando hiciere frío serian deliciosas, porque no tenían ni una mala chimenea.

En cuanto á lo primero, Mr. Taverne nos tranquilizó hablándonos de diferentes y muy lindos paseos donde podíamos pasar el dia; y en cuanto á lo otro nos aseguró que bien atropados en la cama debíamos desafiar todas las nieves y todas las escarchas del mundo.

Como mis lectores ya habrán conocido que nuestro huésped era un tipo singular, y que merece describirse, voy á bosquejarle ligeramente.... en el artículo segundo.

RAMON DE NAVARRETE.



PILAR ARABE.

En la parte norte de la Alcazaba, en la Alhambra de Granada, y al pié de la torre de la Vela, y cerca de un algibe célebre por la frescura de sus aguas, hay un sótano descubierto y en él está colocado entre escombros y basura el pilar que representa la lámina.

Es rectangular y de una pieza, y tiene 5 pies de largo y 5 de ancho.

Es de marmol blanco de las celebradas canteras de Macael todo de una pieza, y en la cara exterior, que es la que hemos copiado, hay labrado un bajo relieve que representa una cacería. Cuatro leones despedazan á otros tantos venados, y en el centro se vé algun ranage. La ejecucion es grosera, como se observa en todas las es-

culturas árabes que representaban seres animados, pero el dibujo es mejor que el de los doce leones del palacio árabe, y el de los dos leones colosales que estuvieron en el hospital (casa de la Moneda).

Todos los grupos están en posturas iguales, en forma piramidal, y guardando perfecta simetria.

Al rededor corre una inscripcion árabe que apenas puede leerse por lo gastada.

Esta escultura, que es el mejor monumento de su género que se conserva en Granada, debió hallarse situada en la parte del palacio árabe que se demolió para construir el palacio del emperador Carlos V.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

De todo cuanto dejo referido, y de todo cuanto añadieron marido y mujer en el dia que *velis notis*, me obligaron á pasar con ellos, nada me hizo tanta impresion, nada me predispuso tanto contra Sotopardo, como el haberme insinuado que gustaba de aparecer como pedagogo rodeado de niños. ¡Niño, á un capitán de diez y ocho años! No sé si el epíteto de un *cobarde* me hubiera irritado mas. Lo nota-

ble es, que la persona de quien voy hablando tal vez ignoraba entonces hasta mi existencia; y por lo mismo no habia podido darme el menor motivo de queja. Sin embargo, cuando, llegada la noche, fui con el matrimonio á la tertulia del regente de la audiencia, donde me dijeron que don Carlos concurría, entré en ella con tantas ganas de reñir con él, como si, en efecto, me hubiera llamado niño diez millones de veces.

Pasaré en blanco la descripcion de la tertulia....

Don Antonio, usando entonces de sus facultades de presidente, dijo:—No pase V. tal; pues ya sabe que hemos convenido en que nuestras conversaciones han de ser, además de un rato pasado agradablemente, un estudio ó análisis de las costumbres españolas.

Don Diego. Apoyo: una tertulia de provincia, y en casa de gollilla, y pintada por un militar, no es cosa para pasada en silencio: no señor.

Alfonso. Cuando no sea mas que para aprovechar la ocasion de complacer al señor don Diego, voy á pintar como Dios me dé á en-

tender aquella reunion. Digo, pues, y duérmase el que de oírse se canse, que el regente habitaba en el mismo edificio en que tenía el tribunal sus salas y dependencias, y hasta la cárcel, por añadidura; por lo mismo ya comprenderán vds. que se trata de una maciza fábrica hecha de planta para el objeto, en aquellos felices tiempos en que las tesorías españolas estaban apuntaladas; pero con el escaso gusto é indecisa forma de la perversa arquitectura que en tiempo de Fernando IV reinaba en España. Las habitaciones eran vastas, espaciosas, altas de techo, y ventiladas por numerosos balcones; y en cambio tenía su conjunto ese aire que llamamos *destartado*, y no sé como explicar mejor. En una antesala, que las modernas casas de Madrid quisieran tener por solar, encontramos abismado en un sillón de baqueta á un estudiante en sotana, paje del señor regente, que tenía abierto delante de sí un libro en folio, al parecer de su facultad; pero entre cuyas hojas acerté á divisar un tomito en rústica que por la desigualdad de sus renglones me olió de una legua á versos. Como quiera que sea, el gentil alumno de Astrea ó de las Musas, se levantó cortesmente á nuestra llegada, recogió el *mantón* de la mujer de Mendoza, no sin mirar al soslayo su bello rostro, y nos abrió á todos una mampara que hacía nosotros tenía pintado un formidable granadero con la birretina austriaca de que aun habla la ordenanza; y á la parte de la sala estaba cubierta de damasco amarillo con guarnición de cinta de seda de igual color, y claveteada con doradas tachuelas. Atravesando una sala de paso, que por lo larga bien pudiera llamarse galería, y en la cual una colección ahumada de antiguos cuadros representaba la vida de no sé qué santo mártir, entramos por fin en el estrado, salon espacioso y bien adornado á la usanza del tiempo de Carlos III, con muebles macizos, de buenas formas aunque un tanto afectadas, y entonces mas que medianamente concurrido. Pero antes de llegar á las personas, acabaré con el campo en que han de maniobrar, diciendo que á cada uno de los extremos de la sala de recibo habia un gabinete, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver en el de la derecha dos mesas de tresillo; y en el de la izquierda otras dos, con tablero y juego de ajedrez la una, con una caja de lotería la otra. El alumbrado consistia en una grande araña de cristal con sus retorcidos brazos y lenticulares caireles; media docena de cornucopias en la sala, dos en cada gabinete, y bujías en candeleros de plata sobre todas las mesas; es decir, en las que ya he dicho haber en los gabinetes, y en otra mas grande que se me olvidó contar entre los muebles de la sala. En esta última habia un gran lienzo; en el cual, pintadas con tanta brillantez de colores como ignorancia del arte, se veían las caprichosas figuras del Bisbis.

Serian las ocho de la noche cuando nosotros entramos, y ya la mayor parte de los concurrentes se hallaba reunida. En un rincón de la sala, y mas bien detrás que al lado de una copa de azófar llena de cocendidos huesos de aceituna, apiñados artísticamente de manera que parecían un gajo de granada, estaba el ama de casa, señora anciana, de alegre semblante y tan estrumada limpieza, que admiraba contemplarla. Sobre las no encubiertas canas tenia una escofleta de flamenco encaje; cubria su pecho un pañuelo de finísima batista, prendido con un alfiler de oro por bajo de la barba; el pañolón grande que llevaba sobre los hombros era de blanco merino, y de piel de martas el rico manguito en que abrigaba las manos. De asiento la servia un confidente, ó pequeño sofá cubierto de damasco, y sus pies se apoyaban en una banqueta forrada en tapicería. He descrito aquella figura con tantos pormenores, porque, recordándome la de mi venerable abuela, se me fijó hondamente en la memoria. Habria en torno de ella hasta una docena de señoras, todas de edad madra, sencilla y honestamente vestidas de negro las mas, y muchas con el hábito del Carmen. Fácilmente comprendí que aquel era el grupo de las mamás, viendo en el ángulo opuesto otro, en el cual se clavaron involuntariamente mis ojos. Diez y ocho ó veinte muchachas, en cuyos rostros vivarachos rezoza la risa, á pesar de los respetos que contenían la espresion de su alegría, formaban la interesante reunion á que aludo. ¡Qué bien me parecieron entonces aquellos talles colocados por la modista, y en despecho de la naturaleza, media vara mas arriba de la cintura! ¡Y como acusé de tiranos á los pañuelos, que severamente encubrian los palpitantes senos...!

—Señorito, señorito, interrumpió el presidente; no se nos deslice la lengua.

Don Diego. Déjele V. decir, que aqui todos comulgamos.

—Que diga, que diga,—esclamó en coro toda la sociedad; y Alfonso prosiguió:

—Aunque quisiera, juro á Vds. que, á no hablar de memoria, no pudiera mi lengua deslizarse, pues jamás vi tan honesto prendido como el de aquellas señoritas, hijas todas, ó la mayor parte de los alcaldes y oidores de la Chancillería...

Don Diego. Chancillería tenemos: pues en Granada ó en Valladolid estamos.

Alfonso. Sea donde quiera, ello es que tampoco por entoces tuve tiempo para otra cosa mas que para echar una rápida ojeada sobre el grupo encantador, porque Mendoza me travó del brazo para presentarme al señor Regente, que á la puerta del gabinete del tresillo conversaba con algunos de los ministros del tribunal. Confieso que el buen señor hizo un gesto al ver mis charreteras y mi cara imberbe, para él desconocida, que me desconcertó, ó poco menos. Los que no han vivido en las provincias ignoran que, hasta hace muy pocos años se ha mirado, y aun hoy, entre los togados, se mira á los militares como gente *non sancta*, hasta que personalmente se les conoce. Iba yo advertido de la tal prevencion, y viéndola tan en breve confirmada por la experiencia, holgárame entonces de haber perdido las pier-nas antes de subir la escalera de aquella casa. Entretanto que así discurría en mis adentros, fijó el Regente la vista en la cruz de Alcántara que yo llevaba al pecho y desarrugó un tanto el semblante; pero como á mi nombre y apellido añadiese Mendoza la calificación de *Capitan-Paje*, volvieron á aparecer en el semblante del magistrado las señales de su anterior disgusto. Ya Vds. saben que los pajes pasan por un sí es no es calaveras. Por fortuna mi introductor continuó diciendo:—El señor don Alfonso Tellez, trae para V., señor Regente, una carta de recomendacion del señor A.... Camarista de Castilla (aquí disminuyó el ceño en la mitad de sus arrugas), que fué muy amigo de este caballero.—¿Como se llamaba su señor abuelo?—El doctor don Alfonso Tellez respondió yo con bastante sequedad.—Tellez... Tellez... aguarde V. ¿No era alcalde de Corte su abuelo de V. en el año de 85?—Si señor y en el de noventa consejero de Castilla.—Cabal: entonces fui yo á jurar mi primera vara, y conocí mucho al doctor.—Y al decir esto, respiró el regente como si le hubieran quitado de encima del pecho una montaña, y me llenó de agasajos, y me presentó á su señora, y, en una palabra, hallé en él, merced á la golilla de mi abuelo, una cordialidad que todas las charreteras del mundo no hubieran bastado á granjearme.

Don Diego. ¡Cosa rara! ¡Porqué esa antipatía de los togados á los militares, y al contrario?

Don Antonio. Los antiguos togados debían generalmente su posicion á una vida estudiosa, consagrada al trabajo, y sobre todo á una conducta irreprochable. La carrera de las letras y de la judicatura ha estado en España abierta siempre para la aplicacion. De estudiante de farol, ó de paje como el que don Alfonso nos ha descrito, á camarista de Castilla la distancia es inmensa; y sin embargo, muchos son los que la han andado con paso tardío pero seguro. Siempre el favor obtuvo algunas plazas, pero en general en los buenos tiempos de la monarquía, el mérito se llevó las mas. La nobleza en esas materias corria parejas, ó poco menos, con la plebe, y renunciaba de hecho á sus privilegios desde que comenzaba á cursar en las aulas. Cierto es que los colegios mayores eran un elemento aristocrático; porque al cabo para entrar en ellos se exigia una justificacion de hidalguía, y aun para algunos el pertenecer á determinada familia, como por ejemplo, en el de los Manriques de Alcalá de Henares; pero al cabo el privilegio ni eximia del estudio, ni de ninguno de los egercicios literarios á la generalidad de los escolares impuestos; en resumen, la carrera de la jurisprudencia exigia pasar considerable número de años manejando los libros; y renunciando á todo juvenil devaneo, enebuir con impenetrable velo las humanas fragilidades, desde que se declaraba un hombre pretendiente á varas ó á togas. Por el contrario, la carrera militar ha sido muchos años mirada en España como propia de jóvenes enemigos de todo estudio; deplorable error que la civilizacion es probable destruya, pero que, lo repito, ha existido y acaso existe aun, añada V. á esa consideracion la de que en punto á costumbres, no pasan los militares por capuchinos, ni mucho menos; y comprendiéndose fácilmente, amigo don Diego, como una barrera difícil de salvar separó por muchos años á las armas de la toga.

Don Diego. Confieso que me ha explicado V. claramente un fenómeno moral, que yo atribuía á mezquinas pasiones y á envidias recíprocas.

Alfonso. Conviniedo con la explicacion de nuestro amigo Don Antonio, creo, sin embargo, que lo que dice V. no va fuera de camino. Los militares brillan mas que los togados; especialmente á los ojos de las muéres un uniforme parecerá siempre mejor que una golilla; y esto algo es.

Don Antonio. Algo sí, amigo mio: pero no bastante para explicar la separacion tan marcada que ha mediado entre los individuos de entrambas profesiones. Creame V., las pasiones mezquinas producen rencillas, alguna vez odios, pero efimeros como ellas. Estas preocupaciones que se transmiten de siglo á siglo, que se apoderan de clases ilustradas y respetables, arraigándose en ellas profundamente, tienen siempre mas hondas raices; proceden de una causa mas poderosa; son, para decirlo de una vez; de mas filosófico origen que todas las patrañas y hazañerías que el vulgo adopta para explicarlas. ¿Sabe V. porque hoy se van aproximando los togados á los militares?

porque aquellos han perdido mucha parte de su seguridad de costumbres, y empezado á ilustrarse; porque, con el individualismo de nuestro siglo, el espíritu de cuerpo es imposible, y por lo mismo hay preocupaciones personales, pero dejan de existir las de las clases.

Redactor. ¿Saben vds., señores, que están á dos mil leguas del cuento de Don Alfonso, y que además es la hora de separarnos?

Don Antonio. Pues hasta mañana entonces, y sea todo el mundo puntual, só pena de las consabidas yemas.

Alfonso. Hasta mañana, señores; que estoy de día y la lista me espera.

(Se continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS ODALISCAS.

Fragments de un poema inédito.

Plantel perene es la región caucasia
Del rijoso agareno á la lujuria.
Virgenes de Mingrelia y de Circasia
Que, á consentirlo Bétis, Ebro y Turia,
Fuérais de la hermosura antonomasia,
Vosotras ¡ay dolor! cual raza espúrea
Perdeis, siervas de un déspota sombrío,
Hasta la libertad del albedrío.

Al menos al bozal de Mozambique
No se veda en el indico hemisferio
Que sus amores oiga y gratifique
La que con él comparte el cautiverio:
No á su libre eleccion muro ni dique
Del amo opone el absoluto imperio;
Y al fin, si es negro y su fortuna negra,
Tambien lo son la cónyuge y la suegra.

Mas ¿qué dolor á tu dolor iguala,
Expatriada, indefensa criatura,
Que condenada en arabesca sala
A aborrecida tétrica clausura,
De amor forzado alumna y colegiala,
Por premio á tu fatídica hermosura
Ni oyes tu habla nativa ni á tu mano
Juntas la de un amigo ó de un hermano?

Surge tambien de la comun desgracia
Dulce fraternidad. La suerte esquivia
Que por diverso rumbo os lleva á Tracia
Os une en obligada comitiva;
Mas el hijo de Agar en su autocracia
Aun del fraterno amor ¡sátiro! os priva;
Que si en la servidumbre sois iguales,
De hermanas su capricho hace rivales.

Tiende la raspa sobre muelle pluma,
Y una el café le sirve, otra la pipa,
Otra peina su barba y la perfuma,
Otra á agitar el viento se anticipa
Si el calor ó algun tábano le abruma;
Y todas al antojo, á la chiripa
Son en aquella impura mescoianza
Deudoras de una efimera privanza.

Ni apenas desarruga el ceño torvo
En pro de la hermosa preferida;
Como quien dice: «de entre tanto estorbo
Hoy sola tú en mi gracia hallas guarida;
Y cuando puedo de mi alfanje corvo
Victima hacer tu miserable vida,
De tu amor son mis brazos recompensa.
Bendice ¡esclava! mi hondad inmensa.»

Alguna habrá que el prepotente labio
Mas aborrezca cuanto mas sonria;
A alguna que agradezca á su astrolabio
Entre tantos de horror un fausto día;
Mas ora tal favor reputa agravio,
Ora con él su vanidad se engría,
No impune ha de gozar del privilegio,
Que en odio la tendrá todo el colegio.

Que, por mas que repugnen las caricias
De importano amator rústico ó necio,
Si yerto el corazon no pide albricias
De triunfos que no anhela, harto mas recio

Que brindarle con fiestas y delicias,
Harto mas rudo golpe es el desprecio
A una mujer sensible, y mas á aquella
Que empadronada ha sido como bella.

Por dicha el beso y el desden alternos
Sus varias sensaciones neutralizan.
A á fuerza de veranos y de inviernos
Ó sus almas al fin se metalizan,
Ó acaban por formar vínculos tiernos
Las que en el noviciado se hostilizan;
Que es muy grande el poder de la costumbre
Y nadie muere ya de pesadumbre.

Gozosas cacarean las gallinas
Con un solo marido entre la parva,
Que tal vez galantea á las vecinas
Despues que en su corral triunfa y escarba.
Tal suerte os cabe, hermosas concubinas.
¡Paciencia! Uno con cresta, otro con barba,
No hay diferencia entre el Sultan y el gallo
Y quien dice corral dice Serrallo.

Ni es mucho que á la impúbera rapaza,
Que aun de amor no sintió la flecha aguda
Cuando se vió vendida en una plaza,
Mas amable parezca y menos ruda
Que su avarienta abominable raza
La que de tosca jerga la desnuda
Y de seda la viste y de brocado
Y con perlas guarnece su tocado.

¿Qué portento si, mansa á quien la halaga,
Herido del amor late su seno?
De patria impia la memoria vaga
¿Será triaca al plácido veneno?
Si los suyos le dan tan mala paga
Y hace Edem su prision el Sarraceno,
Y si al fin el mandato es dulce y grato,
¿Qué mucho que obedezca su mandato?

El de infelice sierva adocenada
Puede hacerla sultana favorita.
Hoy la que ayer salia de la nada
Cuanto cumple á su gusto facilita;
Hoy al solo fulgor de su mirada
Tiemblan el babilon y el troglodita
Mientras muere quizá de hambre y cansaneo
El padre atroz que la vendió á Bizancio.

Ni tanto es menester para que adore
Tarde ó temprano á su señor y amante:
Basta que en sus entrañas atesore,
Trasunto de papá, cándido infante
Que crezca y se rebulla y nazca y lllore
Y pida teta ó que el ro-ró le cante,
Y ora su labio angélico sonria
Ora charle en donosa algarabía.

Que no hay pasion que el ánima trasporte
Como el materno amor, ni amarga pena
Que bálsamo tan dulce no conforte;
Y aunque, por culpa suya ó por la agena,
Muchas hay que aborrecen al Consorte
Con quién el si nupcial las encadena,
Ninguna madre en corte ni en cortijo
Deja de amar al padre de su hijo.

Madre ó no madre, en tanto, la odaliscas,
Que asegurada tiene la pitanza,
Transige con su estrella, y rie y trisca,
O toma el freno en celestial holganza;
O juega, ora al bisbis, ora á la brisca;
O pone faltas á la que entra en danza;
O del bajá se mofa y del eunuco
Saboreando golosa un almendruco.

Pero esto no del monstruo disminuye
La horrible iniquidad, la torpe infamia,
Que á la inocente niña prostituye
Y de angel puro la convierte en lámina,
Y con su propia sangre contribuye
De un alarbe á la inmundad poligamia.
¡Fuego de Dios en él!, que no en la moza,
Ni en el que la ha comprado si la goza.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.